

ETNOHISTORIA DEL MUNDO ANDINO ANTIGUO Y COLONIAL¹

*Liliana Regalado de Hurtado*²

RESUMEN

Desde que se empezó a escribir sobre los Andes prehispánicos hasta nuestros días, se han mantenido imágenes sobre el mundo andino en general, e incaico en particular, plagadas de omisiones e imprecisiones fruto de lecturas poco críticas de la información contenida en las fuentes y ancladas en su literalidad aparente y proyectando en la imagen que se construyó sobre los incas o el mundo prehispánico en general, las categorías de la cultura occidental.

Desde la segunda mitad de la vigésima centuria, la que fuera llamada en nuestro medio “nueva historiografía”, ha seguido un curso de constante transformación en paralelo a la renovación de la hermenéutica y los giros operados en distintas ciencias incluida la propia disciplina histórica, al punto de que ahora podemos hablar de una “novísima historia”. Ambas han enriquecido y siguen señalando nuevos trazos al estudio de nuestro pasado en general y al periodo que llamamos prehispánico.

Palabras claves: Prehispánico, Andes, Historiografía Andina, Nueva Historia, Etnohistoria

¹ Discurso de incorporación como miembro de número de la Academia Nacional de la Historia, leído el 11 de noviembre de 2015. Sucesora de la silla del doctor Miguel Maticorena.

² Profesora Principal del Departamento de Huanidades, Sección de Historia de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

ABSTRACT

Since the early days of writings on Prehispanic Andes until today, certain images have been kept about the Andean world. This general view is partially plagued by omissions and inaccuracies, which are the result of uncritical readings of the information contained in the sources. This biased view anchored in the historical literature and projected a particular image of the Incas and of the Prehispanic period onto the world with Western cultural categories.

From the second half of the twentieth century, the New Historiography appeared in our society, which has followed a course of constant transformation. At the same time, the hermeneutics experienced a renewal as well as many scientific disciplines, including history. This deep transformation led to the development of the so-called New History. The New Historiography and New History have enriched the knowledge of our past and continue to share new lights in the period we call Prehispanic time.

Keywords: Prehispanic times, Andes, Andean Historiography, New History. Ethnohistory

En 1995, Sabine MacCormack puntualizaba que «cerca de 70 años después de la invasión española, cuando la mayor parte de la gente que había presenciado el evento estaba muerta, el pasado inca era recordado como realidad viviente» (MacCormack 1995: 4). En efecto, ha sido ampliamente señalada por los estudiosos del pasado andino la persistencia de la memoria sobre el tiempo del inca a lo largo del tiempo, sus formas de expresión, contenidos y transformaciones entre los siglos dieciséis a dieciocho y su concreción, aún más allá de esos momentos, en la llamada utopía incaica.

No voy a referirme ahora a los mecanismos de registros de su memoria y el régimen de historicidad de las poblaciones andinas e inca en particular, acerca de sus orígenes y realidad cotidiana.

na; tampoco a los problemas que los historiadores actuales tendríamos que encarar para intentar hallar la distinción, si es que la hubo entonces, entre una memoria y una historia marcadas por exigencias religiosas y prácticas ceremoniales. En todo caso, conviene recordar que los pobladores andinos prehispánicos estaban profundamente comprometidos con su pasado fuera que el tiempo mítico de los orígenes marcara permanente y arquetípicamente su comportamiento o porque el peso que se le concedía a lo que se ha dado en llamar recientemente “el poder de sus ancestros” obraba constantemente en el quehacer social, político, organizativo y religioso de aquellos tiempos.

Asimismo, sabemos que desde el primer momento de su arribo a los Andes, los españoles se preguntaron sobre el pasado de sus pobladores en términos históricos y evidentemente cronológicos para rápidamente integrar la “historia andina” en el curso de la historia occidental y cristiana. Ese ejercicio inicial se fue trasladando y modificando a lo largo del tiempo hasta alcanzar a la historiografía pero, en este caso, proyectando en la imagen que se construyó sobre los incas o el mundo prehispánico en general, las categorías de la cultura occidental. En relación a lo que se acaba de mencionar cabe decir que nuestros discursos sobre el pasado no emanan directamente de las fuentes (en el caso de los historiadores) ni dependen exclusivamente de lo dicho por la historiografía (en el caso de los individuos no académicos o especialistas y de los grupos). Por el contrario, todos construimos un conocimiento o un imaginario sobre el pasado, también en base a ideologías, preguntas, inquietudes y necesidades forjadas en el presente, contexto cultural y experiencia histórica además, claro está, de la cosmovisión o del paradigma científico que se emplee. Por eso es que el conocimiento histórico es tan cambiante como lo pueden ser las perspectivas y métodos de análisis, como los contextos de su producción.

Volviendo al punto inicial, hay que destacar que desde que se empezó a escribir sobre los Andes prehispánicos desde el siglo dieciséis hasta nuestros días, se han mantenido imágenes sobre el

mundo andino en general, e incaico en particular, plagadas de omisiones e imprecisiones fruto de lecturas poco críticas de la información contenida en las fuentes y ancladas en su literalidad aparente. El apego a propuestas teóricas que *a priori* ofrecían una idea acabada acerca de la organización y forma de vida en los Andes en la época del dominio incaico, también se ha manifestado en la historiografía especializada a lo largo del tiempo: “utopías retrospectivas, socialismo, esclavismo, comunismo”, etc.

Sin embargo, desde la segunda mitad de la vigésima centuria, la que en su momento fuera llamada en nuestro medio “nueva historiografía”, ha seguido un curso de constante transformación en paralelo a la renovación de la hermenéutica y los giros operados en distintas ciencias incluida la propia disciplina histórica, al punto de que ahora podemos hablar de una “novísima historia”. Ambas han enriquecido y siguen señalando nuevos trazos al estudio de nuestro pasado en general y al periodo que llamamos prehispanico. El conocimiento que ahora se tiene sobre la historia, la sociedad y la cultura andina antigua se ha seguido nutriendo de ideas e imágenes logradas a partir de un empleo más diversificado de fuentes que antaño, pero también se ha incrementado el soporte documental para cuyo análisis se cuenta con procedimientos metodológicos renovados. Aunque en muy alta proporción los esfuerzos se han concentrado en hacer el seguimiento de la información de una fuente escrita a otra, de las circunstancias de su elaboración y de un acercamiento a sus autores y la detección de la tradición oral que se alojaba en ellas. Así las cosas, en un porcentaje significativo que para mi gusto podía ser todavía mayor sin desmedro del perfil académico de nuestra disciplina, la historiografía ha apelado a estudios específicos hechos por literatos y lingüistas para completar el análisis de la información copiada, dado que dichos especialistas han contemplado en las fuentes escritas los aspectos lexicográficos así como los usos retóricos y discursivos empleados en el momento de su primera y posteriores enunciaciones lo que en su momento se llamó la lectura entre líneas del conte-

nido de las fuentes. La nueva historiografía sobre los incas y el mundo andino fue sin duda impulsada de manera certera por Franklin Pease, quien emprendió el estudio de las que llamó «categorías» (tanto españolas como andinas) contenidas en las fuentes, para entender cómo las primeras habían modelado el conocimiento histórico acerca del mundo andino y la forma en que las segundas habían quedado sumergidas en las fuentes o sufrido procesos de transformación (Pease 1995). El estudio de las categorías presentes en la documentación, producida durante la colonización (fuentes que fueron la base del conocimiento histórico sobre el mundo andino prehispánico de la nominada historiografía tradicional por boca de los nuevos historiadores), produjo una revisión crítica de la historia incaica y la elaboración de nuevos estudios llevados a cabo por varios autores destacando, desde los años sesenta del siglo veinte, el propio Franklin Pease y su insistencia en el asunto, durante las décadas siguientes, apelando hacia los años ochenta al concepto de percepción de la alteridad difundida por Tzvetan Todorov (1980).

Las contribuciones de la arqueología, antropología y la economía han servido también para abrir la metodología y la perspectiva interpretativa a la hora de estudiar al llamado por Valcárcel el Perú antiguo (Valcárcel [1959] 2012). Si bien ahora la historiografía tiene aclarado el asunto de que la historia andina prehispánica, que se elaboró en el siglo XVI, presentó en un curso continuo a la memoria oral, de algún modo se sigue todavía esta línea pese a los datos y evidencias arqueológicos puesto que, además, cargamos la vieja tradición historiográfica decimonónica de considerar a lo incaico como una cumbre cultural, cuyos peso y brillo acarrearón la ubicación en un segundo plano a la importancia y brillantez de las experiencias culturales y organizativas, tanto previas, como las que resultaron contemporáneas al surgimiento y expansión de los incas.

Es oportuno señalar que un aspecto importante de los cambios operados en la historiografía andina fue la introducción de la

noción «visión de los vencidos» que significó no solo una transformación notable de perspectiva, sino la posibilidad de que se prestara mayor atención y dedicación a la identificación y el análisis de aquello correspondiente a la experiencia, el punto de vista, la cultura y la actuación de los actores nativos durante los periodos de conquista y colonización. Si aplicáramos un criterio similar para estudiar la época del dominio incaico, no podríamos dejar de contemplar que el estudio de la historia de quienes precedieron o fueron contemporáneos a los incas debe ser no solo tomada en cuenta por los historiadores, sino revisada para entender mejor a los incas como grupo que dejó a su paso en el camino a su expansión a numerosos grupos de vencidos. Atender a esas voces y seguir prestando atención a las distintas formas de interacción que se produjeron, servirá para alcanzar mayor profundidad en el conocimiento del periodo incaico y nuestra historia prehispánica.

Vista la historia incaica como parte de una historia andina de suyo más abarcante que el circunscrito periodo del dominio incaico, resulta pertinente traer aquí a colación la discusión que se entabló en la década de los años sesenta del siglo pasado en torno al concepto de lo andino o la andinidad y que fue vuelta a poner sobre el tapete el año 2006 por Juan Ossio y más recientemente por Heraclio Bonilla en el 2014. Por explicarlo de manera gruesa: el concepto empezó a usarse con Tello y Valcárcel en la segunda década del siglo veinte teniendo entonces un carácter sustantivo, tendencia que se mantuvo en la etnohistoria pero que alimentó un debate con los historiadores, marcados en diferente grado por el marxismo y que le daban a la noción un carácter de adjetivo. Esto ocurrió más o menos después de traspasarse la mitad de la centuria. Como hemos mencionado, en la centuria actual el asunto se ha planteado en el nuevo contexto del posmodernismo.

Como es fácil observar, el tratamiento del tema del estudio del dominio incaico en los Andes, ha estado siempre presente en nuestra historiografía (por referirme solamente a aquella producida por historiadores peruanos) y dicha historiografía ha pasado

por sucesivas etapas que no por ello dejan de traslaparse unas a otras. Esta secuencia puede señalarse de manera sencilla de la siguiente forma: En primer lugar, basada en el método positivista y la lectura literal de las fuentes escritas (crónicas). En segundo lugar, aplicando teorías interpretativas como el marxismo, lo que no impidió que la irrupción de la metodología etnohistórica ofreciera no solo herramientas útiles para el análisis junto con la renovación de las fuentes, sino también una óptica diferente y novedosa para la observación que ha resultado altamente provechosa. En el momento actual se combina todas estas maneras de estudiar al pasado prehispánico y, particularmente para el caso que nos ocupa, los incas, vemos afianzada la perspectiva dialógica interdisciplinaria y, sobre todo, el ejercicio del derecho que nos asiste a los historiadores de volver a poner en cuestión viejos temas aparentemente zanjados, propuestas consagradas y el planteamiento de nuevos asuntos surgidos de novedosas perspectivas que tienden a la vez a cuestionar los conceptos canonizados por su propio uso.

Hay que referirse a la importante renovación que acompañó a la irrupción en nuestro medio de la Etnohistoria. Desarrollada al interior de la nueva historiografía peruana que arrancó en la segunda mitad del siglo veinte, la llamada Etnohistoria que, por la circunstancia mencionada, tengo para mí no como una disciplina diferente sino más bien como un método eficaz, el mismo que mantiene aún su vigencia.

A pesar de que la historiografía del último tercio de la centuria mencionada se detuvo con insistencia en mecanismos como la entrega de energía al poder y el control y redistribución de excedentes realizado particularmente por el estado inca, —llamando asimismo la atención acerca de que todo ello se basaba en vínculos de parentesco de consanguinidad o simbólicos dentro de escenarios de comportamiento ritualizados y que, asimismo, se armó desde entonces un visión general acerca de las organizaciones andinas (incluida la época del dominio ejercido por los incas) tomando en cuenta un modelo o patrón económico como el recogido y

desarrollado por John Murra (1972, 1975) —, es imposible obviar que desde el primer momento sus planteamientos fueron ampliamente aceptados aunque también discutidos.

El modelo de Murra ha generado mucho debate desde que presentó por primera vez su idea de «archipiélago vertical» y ha sido, asimismo, acusado de esencialismo, de exceso de generalización y de hacer una caricatura de procesos complejos variables en el espacio y en el tiempo (Jorgensen 2011: 80).

Estas críticas se han ido manteniendo y renovando a lo largo de las décadas de 1980, 1990 y el inicio del siglo XXI. El concepto de verticalidad fue motejado de reduccionista y determinista y demasiado particular para los Andes que ocultaba la variabilidad de las poblaciones andinas, proveniente de una perspectiva funcionalista fácilmente ligada al concepto ecológico de adaptación (cfr. Jorgensen 2011: 81).

Pese a que en 1970, María Rostworowski³ y también otros autores hablaban del comercio en los Andes prehispánicos, particularmente en la costa, Murra lo admitía con reparos sin validar la idea para toda la región andina:

El debate de si hubo “comercio” o no en los Andes no se puede resolver definitivamente hasta que no tengamos muchos más estudios arqueológicos, etnohistóricos y ecológicos de diversas partes del Tawantinsuyu. Dada la importancia de los “archipiélagos” y la ausencia de tributo, personalmente creo que la redistribución y lo que Polanyi denomina *administrated trade* (tráfico oficial) tenía más importancia económica en los Andes que el trueque ocasional y local. Pero tal aseveración debe ser validada sistemáticamente en el campo (Murra 2002: 179).

Creo que estos asuntos deben seguirse revisando con el énfasis que se requiere. Sin dejar de considerar el notable aporte de Murra a la historiografía sobre los Andes y el mundo prehispánico, hay que señalar que, a estas alturas, se han cuestionado las tesis

³ Véase por ejemplo, Rostworowski 1970 y 1975.

que soslayaron o refutaron la existencia de «demandas y circulación» de determinados bienes y productos con la explicación de un modelo de manejo centralista de la producción (véase Garaycochea 2010, Gallardo 2013, Stanish y Coben 2013) sobre todo desde los predios de las ciencias sociales, vale decir la economía y la antropología, pero (sin el debido eco historiográfico) renovándose un debate iniciado hace poco más de cuarenta años (véase Jorgensen 2010). Sobre la materia, la situación se plantea ahora en el sentido de admitir la existencia de un comercio prehispánico a larga distancia por ejemplo, desde las zonas más altas de los Andes y su proyección a las zonas bajas es decir, en la región controlada por los lupaca. Un intercambio sometido a varias regulaciones, compromisos entre agentes económicos que pueden ser interpretados bajo la noción sustantiva de comercio y mercado siendo sus características las siguientes:

- a) El comercio era regular, de gran envergadura y comprometía largos periodos.
- b) El intercambio o comercio lupaca estaba organizado principalmente a través del movimiento de un número limitado de productos, la mayoría obtenidos del dominio del pastoreo.
- c) La ausencia de productos agrícolas de altura como papa, chuño, quinua y otros en la costa, confirma que las transacciones no respondían a la escasez de alimentos sino más bien a un consumo social.
- d) El comercio a larga distancia se ejercía dentro de un ámbito geográfico y social limitado.
- e) Las equivalencias o precios estaban establecidos, pero sus valores eran sensibles a la oferta y la demanda (cfr. Gallardo 2013: 602-604).

Por su parte, Stanish y Coben (2013: 425) admitiendo la noción manejada por economistas e historiadores económicos que crea distinciones entre diversos tipos de mercados en las socieda-

des pre-modernas y que, asimismo, contempla al mercado como un conjunto institucional de reglas, aceptan la existencia de mercados de trueque prehispánicos:

Mercados abundaban donde la gente podía trocar una plétora de bienes. Al igual que en los mercados de precios, las personas actuaron racionalmente y trataron de maximizar las ventajas en un sistema donde el precio de los productos básicos de uso general se mantuvo relativamente estable, con una demanda relativamente elástica y con un suministro bastante rápido para la mayoría de artículos.⁴

Además, sostienen que hubo comerciantes independientes, que el comercio fue vigoroso en los Andes, que los trueques se daban en reuniones celebradas en plazas (léase espacios públicos), que las equivalencias estaban establecidas por la costumbre, aunque fueron afectadas por la oferta y la demanda no siendo necesaria la moneda (Stanish y Coben 2013: 435).

Nuestra historiografía contemporánea ha señalado la imprescindible necesidad de acercarnos al pasado prehispánico contemplando su particular cosmovisión, sus categorías culturales y divulgando la importancia del estudio de su tradición oral. De manera más reciente, se necesita abordar esas materias desde la perspectiva de la construcción de una memoria andina, reflejada en distintos soportes, además de la escritura. Sin embargo, la historiografía no podrá apartarse de su ordenación cronológica lineal, lo cual constituye un escollo y una distorsión que lamentablemente nos resulta intrínseca, cuyas raíces se remontan a la presencia de la cultura occidental en los Andes. Además, sigue demasiado concentrada en intentar desentrañar el pasado incaico a despecho de considerar más bien lateralmente a las organizaciones diferentes, anteriores o contemporáneas a la incaica. La inversión de esa pers-

⁴ "Markets abounded where people would barter a plethora of good. As in price-making markets, people acted rationally and sought to maximize advantages in a system where commodity prices were relatively stable, with an elastic supply meeting demand rather quickly for most items" (Stanish y Coben 2013: 434). La traducción es mía.

pectiva resulta ser una poderosa arma interpretativa para entender la estructura y funcionamiento de la organización que permitió concretar el extenso, rápido y, a la vez frágil dominio incaico en los Andes.

Estamos de acuerdo con la idea de que no deberíamos manejar una concepción de espacio única, inmutable, atemporal o universal dado que la manera como cada sociedad concibe a su espacio depende de su cosmovisión particular (manera de ver y entender el mundo) en un periodo determinado. Un concepto de frontera ha de superar la noción occidental moderna de espacio físico y permanentemente delimitado para plantearse la existencia no solo de una territorialidad discontinua sino ceremonial, de delimitaciones o fronteras en movimiento, establecidas también en relación a un dominio incaico establecido, pero que requería renovarse de manera constante, tal como se advierte a través de alguno de los mecanismos de los procesos sucesorios, que señalaban zonas convenidas para intercambios de productos (trueque) y producción agrícola, de avanzada y amortiguamiento frente a los eventuales, pero no por eso pocos enfrentamiento armados de los incas con otros grupos o curazgos. Ciertamente, antes del dominio incaico, el espacio físico y el sacralizado en los Andes, eran entendidos conformando una unidad. En el territorio dominado por los incas, se podían encontrar distintos tipos de fronteras de acuerdo a las características de esos espacios, de las poblaciones que los habitaban y en razón de los propósitos o intereses del estado incaico.

Conviene plantearse cada vez con mayor insistencia el análisis del comportamiento de las élites y población andina en términos de negociación e inserción y no solamente como sencillas alianzas o resistencia frente a los incas, máxime si sabemos que el dominio ejercido por estos últimos no fue parejo ni siguió siempre los mismos procedimientos, ni tuvo las mismas consecuencias para unos y otros. Vistas de ese modo dichas interacciones, no solo se podrá observar el panorama general de los Andes prehispánicos sino también advertir, seguramente con mayor profundidad,

las tensiones y transacciones, las continuidades y modificaciones al interior y fuera de esos grupos. Cuestiones también válidas para visualizar mejor el comportamiento de los habitantes de los Andes durante los procesos de conquista y colonización desarrolladas por los españoles.

Mirando hacia adelante

Otro asunto que me parece importante y que hasta ahora está ausente en nuestra historiografía sobre el largo periodo prehispánico, es el que se refiere, en general, a la cotidianeidad y en ella al estudio de la alimentación y la corporalidad, importantes desde las perspectivas etnohistórica y de la historia cultural. Lo cotidiano toma en cuenta las diversas expresiones culturales en torno a ellas y sus relaciones. Por el momento forman un campo poco explorado por los historiadores y más transitado por especialistas de varias disciplinas, así como los divulgadores de los temas específicos que forman parte del sistema alimentario, del cuerpo y su cuidado ¿Cómo debe ser interpretada la alimentación? En primer lugar, como una estrategia básica para la conservación de la vida y, en segundo término como una de las prácticas destinadas a la producción y reproducción de la vida social y cultural. Siendo su carácter individual y colectivo, fisiológico y social tangible, si bien lleva fundamentalmente a lo cotidiano y doméstico remite de la misma manera a lo social y ritual. Supone tradición y cambio, pero a la vez continuidad, recreación e invención constantes. Una historia o una etnohistoria de la alimentación permiten acercarse a representaciones, creencias, conocimientos y prácticas heredadas o aprendidas compartidos por los integrantes de una cultura dada o de un grupo social determinado.

Asimismo, una historia o etnohistoria de la corporalidad debe considerarse inscrita en la historia de la vida material y de las mentalidades, la que ya tiene ya un largo recorrido pese a que solo desde el último tercio del siglo XX adquirió mayor visibilidad. Imaginar, sentir, describir y comprender el cuerpo remite a códigos

y valores culturales y sociales dado que el cuerpo es un referente para identificar la humanidad de un individuo, pero también su cultura a través de los llamados marcadores o indicadores corporales. Tanto los estudios sobre la alimentación como la corporalidad nos conducen directamente a la relación entre historia y antropología, al carácter multidisciplinario de dicha investigación.

Finalmente, quiero referirme de forma muy rápida a la importancia que ha ido adquiriendo el estudio de las figuras femeninas (sobre todo de la élite) en el periodo incaico desde la propuesta de Silverblatt de 1977, que en 1990 arribó a una visión de género con toques feminista y marxista, hasta la versión ofrecida por Francisco Hernández (2002), en la que siguiendo la huella de Rostworowski (1995), revisa los roles femeninos al interior de la élite incaica y profundiza su actuación en los procesos sucesorios. Queda todavía bastante que decir, particularmente en lo que se refiere a la estructura que las organizaba jerárquicamente y que debió ser paralela a la de los varones tomando en cuenta que las evidencias de la existencia de autoridades femeninas en los Andes ha dejado de ser para la historiografía y la arqueología algo casi anecdótico referido a las capullanas, famosas dentro de la historiografía tradicional por su apariencia de ser un caso singular para mostrar que tuvieron un liderazgo que todavía falta estudiar.

Quiero finalizar estas líneas haciendo un llamado a renovar el estudio del mundo andino prehispánico y entender a la organización incaica no simplemente como la cumbre de un proceso largo, sino como la explicitación de una etapa de nuestra historia marcada por la diversidad, la transformación, la convivencia y la confrontación fenómenos, que sin duda todos somos capaces de reconocer aún en nuestros días.

Bibliografía

- Bonilla, Heraclio. 2014 *La metamorfosis de los Andes: guerra, economía, sociedad*. La Paz: Centro de Estudios para América Latina, Grupo Editorial Kipu.
- Gallardo Ibáñez, Francisco. 2013. «Sobre el comercio y mercado tradicional entre los *lupaca* del siglo XVI: un enfoque económico sustantivo». *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 45 (4): 599-612.
- Garaycochea, Carlos. 2010. «El modelo económico de Murra sobre los Andes prehispánicos. Alcances y limitaciones». Tesis de licenciatura, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima.
- Jorgensen, Kaylen. 2011. «El “archipiélago vertical andino”. El control vertical de pisos ecológicos y dinámicas contemporáneas de migración». En: *Ciudad sin fronteras. Multilocalidad urbano-rural en Bolivia*, editado por Nelson Antequera Durán y Cristina Cielo, pp. 72-92. La Paz: Ritu Bolivia, Seminario Permanente de Reflexión Interdisciplinaria en Temas Urbanos, Programa de Investigación Estratégica en Bolivia (PIEB).
- Hernández Astete, Francisco. 2002. *La mujer en el Tahuantinsuyo*. Lima: PUCP. Fondo Editorial.
- Mac Cormack, Sabine. 1995. «“En los tiempos muy antiguos”: cómo se recordaba el pasado en el Perú de la colonia temprana». *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia* 7 (1): 3-33.
- Murra, John V. 1972. «El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas». En *Visita de la provincia de León de Huánuco en 1562, Iñigo Ortiz de Zúñiga, visitador*. Vol. 2, pp. 429-476. Huánuco: Universidad Nacional Hermilio Valdizán.
- . 1975. *Formaciones Económicas y Políticas del Mundo Andino*. (Historia Andina, 3). Lima: IEP.
- . 2002. «El tráfico *mullu* en la costa del Pacífico» En: John Murra, *El mundo andino, población, medio ambiente y economía*, pp. 171-180. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú; Instituto de Estudios Peruanos.
- Ossio, Juan. «Andinidad» *Boletín del Instituto Riva-Agüero* [Lima], 33: 39-53.

- Pease, Franklin. 1995. *Las Crónicas y los Andes*. Lima, Fondo de Cultura Económica.
- Rostworowski, María. 1970. «Mercaderes del valle de Chíncha en la época prehispánica: un documento y unos comentarios». *Revista Española de Antropología Americana* (Madrid), 5: 135-177. [Recogido en *Etnía y sociedad*, pp. 97-140, y *Costa peruana prehispánica*, pp. 213-238]
- . 1975. «Pescadores, artesanos y mercaderes costeños en el Perú prehispánico». *Revista del Museo Nacional* (Lima), 41: 311-349. [Publicado en inglés en "Coastal fishermen, merchants and artisans in prehispanic Peru", en Elizabeth Benson (ed.), *The Sea in the Pre-Columbian World*. Washington D.C.: Dumbarton Oaks, 1977, pp. 167-186. Reproducido en *Etnía y sociedad*, pp. 211-271, y *Costa peruana prehispánica*, pp. 263-292.]
- . 1995. *La mujer en el Perú prehispánico*. (Documento de Trabajo, 72). Lima: Instituto de Estudios Peruanos. [Versión ampliada de la ed. de 1986.]
- Silverblatt, Irene. 1976 «Principios de organización femenina en el Tahuantinsuyu». *Revista del Museo Nacional* [Lima], 42: 299-340.
- . 1990. *Luna, sol y brujas: género y clases en los Andes prehispánicos y coloniales*. Cusco: Centro de Estudios Regionales Andinos "Bartolomé de Las Casas".
- Stanish, Charles y Lawrence Coben. 2013. «Barter Markets in the pre-Hispanic Andes». En: *Merchants, Markets, and Exchange in the pre-Columbian World*, editado por Kenneth Hirth y Joanne Pillsbury, pp. 419-434. Washington, D.C.: Dumbarton Oaks.
- Tello, Julio C. [1922] 1976. *Introducción a la historia antigua del Perú*. Ciudad de los Reyes del Perú [Lima]: Biblioteca Euforión.
- Todorov, Tzvetan. [1980] 1987. *La conquista de América. El problema del otro*. México: Siglo Veintiuno.
- Valcárcel, Luis E. [1959] 2010. *Etnohistoria del Perú Antiguo. Historia del Perú (Incas)*. 2ª edición. Lima: Fondo de Cultura Económica.

Anexo

Como en todo discurso de incorporación, deseo aquí en estas cortas líneas rendir homenaje al predecesor de la silla que honro hoy día asumir, el doctor Miguel Maticorena, incorporado a la Academia Nacional de la Historia en 1980.

Nacido en Castilla, Piura, el 5 de julio de 1926, fue un docente por vocación y convicción. Son muchísimos los estudiosos de nuestra historia que fueron formados y orientados por el maestro que fue, a su vez, discípulo de Raúl Porras Barrenechea; contemporáneo e integrante de una generación importante de sanmarquinos estudiosos de nuestro pasado, como Pablo Macera y Carlos Aranibar, por mencionar algunos nombres. Maticorena estaba también vinculado académicamente a ilustres historiadores europeos, como Ramón Carande, Antonio Muro Orejón, Richard Konetzke y Marcel Bataillon, a quienes conoció personalmente dada su larga estadía en Europa.

Organizador y animador incansable de las jornadas que tituló Semana de Lima, se destacó por su erudición, interés por los temas historiográficos y coloniales, lo mismo que por su afanoso apoyo a los investigadores peruanos que coincidieron con él durante la veintena de años que estuvo en Sevilla, investigando en el Archivo General de Indias y en la Escuela de Estudios Hispano-americanos, ambos en Sevilla, España.

Falleció el 28 de marzo de 2014. Su legado consta de un centenar de artículos publicados en revistas y libros, además de un número similar de artículos de difusión popular publicados en el diario *El Comercio* de Lima, que se pueden consultar en:

<http://catedramaticorena.blogspot.com/2007/11/bibliografa-de-miguel-maticorena.html>.